



El tecnofeminismo

Judy Wajcman

Madrid, Cátedra, 2006

Trad. Magalí Martínez Solimán

Cuando en 1985 Donna Haraway publicó su emblemático texto “A Manifesto for Cyborgs: Science, Technology and Socialist Feminism in the 1980’s” pocos pensaban que el debate sobre la ciencia y la tecnología entraría en la agenda de los estudios de género y la crítica feminista con la fuerza que ha demostrado en la última década. La popularización de nuevas tecnologías, vinculadas mayoritariamente a las telecomunicaciones, como la telefonía móvil o internet, ha urgido a la reflexión sobre las repercusiones de lo tecnológico en la subjetividad contemporánea, y los feminismos se han sumado a esa vía, adoptando posiciones insospechadas. Si el feminismo de la segunda ola había sostenido con frecuencia posturas tecnofóbicas, la tercera ola parece tender hacia un optimismo tecnológico que ha tomado cuerpo en corrientes como el ciberfeminismo. Esa aparente contradicción, la efervescencia del debate y la proximidad cronológica de muchas de las aportaciones centrales provocan que el escenario de discusión protagonizado por la ciencia, el género y la tecnología resulte, en muchas ocasiones, confuso. Parece que Judy Wajcman, profesora de sociología y especialista en las relaciones de género y tecnología, era perfectamente consciente de ello cuando publicó en 2004 *Technofeminism*, la obra que ahora traduce con excelente criterio Cátedra dentro de su indispensable colección “Feminismos” y que, sin ninguna duda, clarifica y arroja luz sobre este complicado paisaje a la vez que abre nuevas vías y propuestas.

El tecnofeminismo se abre con una excelente y diáfana exploración de la redefinición de la tecnología hecha por el feminismo, por la cual aquella dejó de concebirse como una superficie aséptica para entenderse como una práctica social que, lejos de la neutralidad, suponía una fuente de poder masculino y de constante exclusión de las mujeres. Dicho de otro modo, el feminismo repensó la tecnología como un factor de construcción del género, de ahí los recelos hacia ella, especialmente agudos en el feminismo radical, el feminismo cultural y el ecofeminismo, que coincidieron en señalar la tecnología como una herramienta del patriarcado dedicada a controlar la naturaleza y las mujeres y que, ante el determinismo tecnológico, utilizaron como estrategia política la reivindicación de lo específicamente femenino (en este caso, valores anti-tecnológicos) en la línea del feminismo de la diferencia.

Tras ese rico panorama, Wajcman aborda la irrupción de las tecnologías digitales y su peso a la hora de repensar las relaciones entre tecnología y género, entendidos como conceptos interconectados que se modifican mutuamente. Este escenario, nuestro escenario, ha generado distintas reflexiones sobre las posibilidades políticas que se abren, entre las que destaca el ciberfeminismo y su característico optimismo tecnológico. Es en esta sección donde la autora aporta su mayor carga crítica al revisar la obra de dos de las pensadoras más representativas de este optimismo: Sadie Plant y Donna Haraway.

Wajcman toma el famoso texto de Plant, *Zeros+Ones*, como emblema del ciberfeminismo, explicando a través de él los rasgos característicos de esta tendencia, en lo que constituye una guía indispensable para quienes no estén familiarizados con ella. Así, expone con claridad la idea central del ciberfeminismo, esto es, que las redes digitales son un espacio efectivo de cambio, en el que los valores lineales, jerárquicos y patriarcales son sustituidos por la horizontalidad y la comunidad; el ciberfeminismo repiensa lo virtual como un ámbito que, aunque es tecnológico, carece de sus rasgos tradicionales: el control es sustituido por lo impredecible y las identidades fluyen, de modo que las posiciones identitarias fijas y duales en las que se ha basado el pensamiento occidental se desarticulan. Ahora bien, en el discurso de Plant, que es fundamental en esta corriente, tales aseveraciones se engarzan con otras imágenes que tienen sus riesgos políticos: la idea de la comunidad de mujeres “tejiendo” colectivamente el discurso, o la idea de que lo femenino tiene unos valores (impredecibilidad, caos, no-linealidad) que armonizan con la red manifiestan, en palabras de Wajcman, una postura que vuelve a los caminos del feminismo de la diferencia, si bien disfrazados de parafernalia tecnológica. Así mismo, la autora detecta con agudeza la simplificación de lo tecnológico que está en la base de esas afirmaciones, de modo que la tecnología se fosiliza en una forma y no se contemplan sus cambios, sus riesgos y los diferenciales de poder (entre la propia comunidad femenina) que sostiene.

La misma agudeza en la revisión de la obra de Plant es extensible a la relectura de Haraway. El centro de esa revisión rehúye centrarse en exclusiva en la idea del *cyborg* de Haraway –cosa que se agradece– y transita también por otros textos fundamentales de la autora y otras imágenes igualmente poderosas que han calado menos, eso sí, en el conjunto de sus seguidoras. Así, Wajcman profundiza en los conceptos de FemaleMan© y OncoMouse®, protagonistas de su texto *Modest_Witness@Second_Millennium* –traducido parcialmente en *Lectora*, 10, 2003– para trazar la interesante y profunda revisión de los conceptos de naturaleza y ciencia que Haraway lleva a cabo. A pesar de que la revisión de Haraway sea muy completa y no se centre, como ya se ha dicho, en el *cyborg*, esta criatura es revisada en una de las más lúcidas críticas hechas hasta la fecha. Así Wajcman lamenta la fetichización del *cyborg* que padecen tantas seguidoras de Haraway, que han asumido el concepto sin

filtro y que, movidas por la fuerza de tan poderosa imagen, han perdido de vista que los *cyborgs* de la cultura popular poco tienen que ver con la propuesta de Haraway: más bien al contrario, se sitúan en el ámbito de la ideología dominante y se instalan en las viejas dicotomías sin tener nada que ver con la deconstrucción de la identidad, la quiebra del pensamiento binómico y la apertura de nuevas políticas que Haraway sugería con esta imagen.

De algún modo, la revisión de Plant y Haraway que la autora lleva a cabo muestra ya las líneas de lo que será el último capítulo: la propuesta de un nuevo enfoque de las relaciones de género y tecnología, esto es, el tecnofeminismo. Básicamente, la característica fundamental de éste es su análisis responsable de la tecnología, huyendo tanto de la tecnofobia como del optimismo desmedido; retomando conceptos del feminismo *cyborg* de Haraway, Wajcman opta por fusionarlo con otras corrientes de pensamiento, como la sociología y la historia de la ciencia para situar de forma efectiva y trazar un mapa minucioso de las relaciones entre tecnología e identidad. Con ello Wajcman aboga por una línea ideológica, y ese es quizás el punto más sugerente del tecnofeminismo, que abre las posibilidades discursivas a otros elementos conformadores de la identidad que, lógicamente, también forman parte de las relaciones entre humanos y máquinas: raza, sexualidad, clase, edad, etc. Dicho de otro modo, la propuesta tecnofeminista huye de los paisajes tecnológicos idílicos con los que tanto se ha fantaseado en los últimos años para abordar la tecnología desde una perspectiva mucho más compleja y desde luego, mucho más pragmática.

Isabel Clúa
Grup de Recerca Cos i Textualitat